ASÍS

LA IGLESIA NATURAL DEL MISTICISMO

Allá, perdida entre las cuchillas de los valles itálicos de la provincia de Umbría, que con sus suaves y elegantes sinuosidades conceden mayor relieve al histórico y famoso monte Subasio, hállase la ciudad de Asís, que digo, el pueblo grande de Asís, que posa majestuosamente en la hondonada de un risueño valle, en donde el capricho humano parece haber querido circundar el pueblo, desparramando algunas vetustas casitas por sobre los relieves y por las suaves pendientes que se desprenden de las colinas cercanas.

Colocada la provincia de Umbría en el medio de la bota itálica, parecería que la región meridional le hubiese substraído el calor tropical llevándose la vegetación lujuriosa de sus bosques impenetrables, y la vivacidad de sus paisajes fulgurantes; y que las regiones nórdicas le hubiesen robado las imponentes montañas, gigantescas obras graníticas que rematan en los Alpes, y los armónicos paisajes lígures, llenos de luz, de color y nitidez. Asís ha quedado aislada entre la laboriosidad nórdica y la rebeldía meridional; entre el carácter ferreo y la pasionalidad violenta; entre la economía política y la creación artística. Y, como el asno de Buridán, continúa a meditar aún sin saber decidirse ni por ésta ni por aquélla.

El paisaje umbro es completamente pasivo. La vista que desde Asís, por ejemplo, se pose por las regiones circunvecinas, no hallará en su horizonte ni imponentes montañas que instiguen el espíritu a la defensa o la huída; ni llanuras inter-

minables que exciten la actividad individual a atraversarlas, como la llanura líquida del Atlántico dominó el espiritu de Cristobal Colón. El paisaje asisiano es rítmico, cadencioso, suave, coloca el espíritu en un columpio psíquico que oscila entre el aburrimiento y la actividad, entre la razón y el sentimiento. Los dos pilares que sostienen el columpio están constituídos por la emoción del paisaje exterior y la emoción del paisaje interior. La emotividad, pues, es su primer y principal resultado espiritual.

Las colinas y las cuchillas de la provincia umbra sirven para sostener todas las manifestaciones de las almas infantiles, de los espíritus ingenuos y primitivos. Cuando el viajero llega a las cercanías de Asís, su espíritu, despertado a la emotividad encuentra, a traves de la exteriorización pupilar, un paisaje que le permite sostener la emoción en esas colinas y en esos montes. Como un niño, que en un terreno limitado y sinuoso, lleno de pequeños montecitos y valles, se divierte y no se cansa de esconderse, ora detrás de los montecitos, ora atravesando los valles que su imaginación velozmente los considera peligrosos; como ese espíritu infantil que no se cansa de suministrar material psíquico, a la imperante imaginación y curiosear así en todos los relieves del terreno, así el espíritu del hombre pueril e ingenuo, profundamente emotivo, corre de cuchilla en cuchilla, y de colina en colina, casi con la elegría infinita de haber hallado finalmente su felicidad y seguro de que allí, ninguna crítica extraña podrá hacerlo avergonzar de su infantilidad.

El paisaje umbro, como muy bien dice Luis Salvaroelli, es la exaltación de la línea, es la región itálica que concede mayormente la sensación de acercarse a Dios. Y la vista parece que encuentra el reflejo de ese Dios en el lago Trasimeno que, límpido de agua, reposa tranquilo, desde tiempo inmemorial como el espíritu del Señor después de la ardua tarea de la construcción del Universo en siete días.

La provincia de Umbria fué siempre refugio de espíritus serenos, de almas en pena, de personas que buscaban un poco de savia rejuvenecedora después de una laboriosa existencia. Poetas y prosistas le han dedicado páginas descriptivas, han busca-

do su inspiración. Todo el que posea un espíritu romántico, pero sobre todo contemplativo, hallará un precioso motivo de justificación en esa naturaleza aristocráticamente holgada. El peregrino que atraviese tales regiones conoce más o menos su estado psíquico y sus reservas voluntarias; pero ningún peregrino puede figurarse nunca cómo podrá volver, pues el paisaje asisiano produce un extraño escozor que despierta sensaciones nuevas, obligando a los labios a pronunciar palabras y votos de purificación. En su mayoría, esos labios son femeninos o de personas que han atravesado ya la zona peligrosa de la ambición y, por lo general, han fracasado. El que haya abandonado la lucha por la vida; quien haya considerado la poca satisfacción de una mediocre posición social; quien desprecie el género humano, busca necesariamente confortar su espíritu, conformándose con pensar: tal o cual posee posición y dinero; pero yo, poseo esta felicidad interior que me hace sublime. Es la resignación, el abandono so pretexto de haber conocido otra vida, otra esperanza, otra ambición que, paradójicamente, los mortales se empeñan en llamarla pura y elevada.

El origen de estas almas en pena, la base de estas resignaciones, hay que buscarlas en el deseo humano, especialmente en el deseo sexual. La naturaleza de Asís, que es continuamente un término medio, por la ley de compensación, exije en su mayoría, espíritus que se hallen en los límites de la psicología. Efectivamente, para la conversión religiosa, es más deseable un espíritu que haya vivido sensualmente en una loca y desesperada persistencia, o que haya sido privado de todos los goces que la vida concede y que la juventud reclama, que cualquier otro que, habiendo vivido mediocremente puede hacer un balance comparativo entre el mal y el bien efectuado, hallando fácil adaptación a la vida religiosa sostenida por la Iglesia.

La provincia de Umbría no dió a la historia un solo filósofo o pensador de nota. Por otra parte en cambio, las cuchillas y los valles, los montes y las casitas, a la par de la suavidad del clima y la pasividad, la bondad y la humildad de los habitantes, fueron objeto de innumerables cantos poéticos, de infinitas evocaciones sentimentales. Entre una serenidad primaveral o una

suave brisa otoñal; entre millares de flores multicolores que conceden impresiones panorámicas, se desarrolla y palpita una vida apacible que arrastra marcados vestigios medievales.

Noches hay, en que los rayos de luna, ora jugando en las tranquilas aguas de un añoso estanque, ora divirtiéndose, en complicidad con Eolo, en formar con los árboles y las cosas sombras y penumbras que, ahuyentando la razón, dejan aletear fantasiosamente la imaginación, la cual se empeña en ver formas y cosas conscernientes, recuerdos cercanos o de otrora. En otras palabras, parece que el espíritu hubiese desarrollado en forma monstruosa la facultad de reconstruir imágenes e ilusiones, esperanzas y sueños que, en realidad se hallaban adormecidos en los abismos del espíritu.

El paisaje no concede tregua. A la reconstrucción más o menos completa de todo un mundo interior vivido, la emoción, que lentamente va transformándose en emotividad, solicita a la imaginación (ya señora y dueña del campo psíquico), la reconstrucción histórica, por más rudimentaria que sea la cultura poseída. El ambiente, por asociación de ideas, da margen y motivo a tal aleteo imaginativo, y las imágenes de cosas y personas del tiempo pasado que arrastran penosamente una herencia de vejez y cansancio, se suceden sin tregua ni descanso. Penosa es la reconstrucción sobre todo del período de Francisco, y para éste, penosa habrá sido la reconstrucción de la época de Cristo, pues estas épocas no poseen ni la atracción de un romanticismo del setecientos, ni toda la fantasiosa evocación oriental. Son luchas de pueblos que la memoria ni recuerda; son arduas cuestiones de derecho eclesiástico; son ideas de excomulgado que requieren un esfuerzo cerebral; son personas condenadas por la Santa Iglesia que traen consigo miedosas visiones de tortura y muerte.

Cerrado pues el cerebro a la especulación mental, la imaginación acaba por reconstruir épocas históricas a través de simples detalles, de formas muertas y vivientes, entonces existentes y ahora contemplativas. El peregrino acaba por hallar toda una poesía en un árbol, en una piedra, en un pajarillo, en un transeunte, y así sucesivamente. Y el ambiente como siempre acaba por apoyar tales reconstruccciones... Por aquí, una mu-

lita cargada de oloroso heno torna lentamente al pesebre por una callejuela milenaria; por allá, una luz incierta se destaca en la penumbra de un ocaso, desprendiéndose de un fuego familiar que arde chisporroteando penosamente... Y el toque de ánimas de alguna campana cargada de años, cansada de vivir vibrando, parece conceder una tonalidad musical lenta, suave, candenciosa, que perezosamente se desliza y se intercala entre los infinitos repliegues y recodos de la imperante imaginación. Dichosas campanas que intuyen el momento psicológico en que deben sostener o apoyar, con sus vibraciones rítmicas, una quimera, una ilusión, una fantasía, un arrepentimiento o una nostálgica sensación de amor...

La provincia de Umbría, y más precisamente el paisaje asisiano, concede, casi exclusivamente, sensaciones que desembocan definitivamente en las emociones, y donde el mecanismo cerebral no entra sino como un factor secundario si no del todo extraño en estos procesos psíquicos. Indudablemente, el mayor apoyo lo poseemos en el mismo Francisco de Asís, que era la ignorancia personificada y que desechaba los libros que nunca había leído, y que tal vez había conocido en la casa de algún prelado. ¡También en esto parece que en el espíritu del santo no perdurase sino una simple imagen que de vez en cuando le hacia ver, por asociación de ideas, la tapa de alguno de esos librajos malqueridos!

Y la sensación que efectivamente se impone al espíritu del hombre en Asís, es la concedida por el espectáculo medieval. Quién, hoy en día, acostumbrado a vivir más o menos intensamente la vida moderna dinámica e industrial, la que constantemente llena su espíritu de sensaciones mecánicas, debe hallar muy serena y confortante la sensación que se desprende de la vida apacible, humilde, metódica, estática de Asís. Como el espíritu solicita, aún sea inconsciente, nuevas sensaciones, es decir, sensaciones que se modifiquen y se cambien, la sensación campesina y medieval aparece como nueva, y circundada de una aureola de beatitud que en el fondo no es más que la ancestral herencia religiosa que hemos recibido. Todos los hombres contemplando Asís, sienten por vez primera que la figura de Cristo y de Francisco de Asís son efectivamente figuras de

paz, de tranquilidad y de felicidad. Pero el razonamiento, que hasta ese momento parecía haber dominado, deja su lugar (cuando las sensaciones han formado diversas emociones) a la emotividad, que se hará dueña del campo psíquico.

Todo, pues, es sensación medieval, todo es viejo, todo es abuelesco. Y todo es vida mediocre, monótona, aplastante; todos los espíritus son cerrados, pobres, sin violentas pasiones ni arranques de rebelión. La vida individual en la cotidiana lucha por la vida, que no es más que un trabajo relativo y rutinario, se confunde con la vida social, modesta y limitada. Necesariamente el espíritu, que en aquellos tiempos, y precisamente en las ciudades pequeñas como Asís hacía un acto fuera de lo común, aparecía a los alarmados espíritus campesinos como un acto revolucionario, cuando no era más que un capricho o una simple reacción momentánea. Hasta la misma historia de la provincia de Umbría es monótona, y la mayor parte de las veces, cuando existían conflictos, ya sea con el Vaticano o con las provincias vecinas, Asís se limitaba a ver pasar las tropas de éste o aquel contendiente. En los contingentes que tomaron parte en las cruzadas no eran ciertamente muy poderosos los formados por umbros y especialmente por los asisianos.

En fin, el pueblo grande de Asís, estrechado y enloquecido por las cuchillas y los montes, por la suavidad del clima y la pasividad del espíritu campesino, por las flores y los verdes arbustos, por los rayos de luna y por un cielo todo encanto, por un sol ardiente y el gorjeo de infinitos pajarillos, por la sugestión de los años pasados y por la herencia religiosa y mística, no puede llevar más que un solo apelativo: *La Iglesia natural del misticismo.*

Las almas que buscan emotividades para satisfacer exigencias interiores, que exalten las intuiciones poéticas, que concedan alas a los sueños, silencio al dolor o al arrepentimiento, beatitud a la sensación amorosa, éxtasis a la contemplación religiosa, glorificación al místico sacrificio; las almas aterciopeladas, humildes, esclavas, extraviadas, privadas de rebeldías, miedosas y aguijoneada por el anémico remordimiento que oprime el corazón después de innumerables placeres, buscan *una* iglesia... Y la única que siendo tal es al mismo tiempo grande, inmensa-

mente bella, amurada por paredes naturales, ahogada en un silencio imponente que acerca al Infinito, a la esencia misma del Universo, al Dios omnipotente, es la ciudad de Asís. Y Asís las recibe, las contiene a todas, las excita en su emotividad, las sugestiona, las calma, las sujeta, las arrepiente, las llena de pasión divina; las vuelve a suavizar, las abandona a una extática contemplación, les concede, sin tregua, y sin descanso, infinitas sensaciones religiosas, llenándoles todo el ámbito interior por fin... Y entonces, con la voluntad completamente engañada y con un ímpetu que sirve únicamente para sugestionar la razón, se verifica en el espíritu humano la angustiosamente esperada conversión...

EMILIO D. MATTEIS.